

Florencio Sánchez

Florencio Sánchez, fué no sólo el fundador del moderno teatro rioplatense, sino también, hasta el presente momento su figura culminante, su gloria más pura y más simpática. Por una incidencia realmente milagrosa, su teatro, — obra robusta y definitiva, — no tuvo precursores ni discípulos, ni arrancó de un período germinativo anterior ni dejó otras huellas que las propias al revivir año tras año, gloriosamente, en los escenarios de nuestras ciudades. Desde el memorable estreno de "M'hijo el doctor" que señala el primer éxito resonante y consagrador hasta ahora, ninguno de nuestros comediógrafos ha demostrado aptitudes similares, gustos parecidos, ni una orientación paralela. No ha surgido un solo espíritu fraterno al suyo, por lo cual se destaca bien plenamente en nuestras letras con su luz inconfundible, como el diamante límpido de Sirio en el terciopelo profundo de la noche. Su manera tan personal, su estupenda habilidad para encadenar las escenas dentro del ritmo normal de la acción, su ideal de nobilísima superación que es como el perfume se-

lecto de su obra, bastan para formarle un pedestal indestructible sobre el que se asienta, vencedor del tiempo y de la indiferencia, y sobre el que se expone a nuestra agradecida admiración que ha de ser eterna para ser justa. Caído inesperadamente, cuando su talento robusto dejaba entrever el oro claro de nuevas y abundantes cosechas, ha dejado detrás de sí méritos bastantes para ser clasificado entre lo más sobresaliente que han producido en la América hispana las actividades del intelecto, todavía pospuestas entre nosotros a tareas subalternas que sonríen a la vida con mayor amabilidad que los productos de los dolorosos alumbramientos mentales.

Uno de los signos más evidentes de nuestro atraso se encuentra en la tardía justicia que hacemos a los hombres que con tanta gallardía combaten por nuestro bien desde las peligrosas atalayas del arte y del pensamiento. Absorbidos por otros problemas de menor cuantía pero que en nuestra idiosincracia, — por un fenómeno de relación directa entre la calidad de la producción y la capacidad de comprensión, — adquieren una importancia mayor, olvidamos con frecuencia a los que nos salvarán del olvido ante el porvenir, a los que siembran en surcos fecundos la gloria que más tarde, generosamente, será para todos. Hay que reaccionar de una vez, contra esa realidad que supone una falla vergonzosa y consciente y que origina, por lo general, un fatalismo a la otomana que hace que se acepten los hechos sin protestar contra ellos. Florencio Sánchez triunfó a medias, gra-

cias a que el escenario es más accesible a las muchedumbres que el libro, pero su triunfo no adquirió, en ninguna forma la debida amplitud. Si conoció la miseria antes de la consagración popular, miseria hasta cierto punto compensada por los juveniles arrestos que son por sí solos una opulencia, después de su victoria en nuestros escenarios, no encontró el consiguiente éxito económico que lo pusiera a salvo de las asperidades de la existencia y que le permitiera dedicarse por completo a su arte. Hubo de ser pensionado por nuestro gobierno para trasladarse a Europa — viejo y querido ensueño — y hubo de caer, lejos del solar patrio, abatido por las heridas que en su organismo abrieron las ingraticudes de nuestros públicos. Su muerte al igual de la de Herrera y Reissig aislado en su torre de ensueño como un leproso, será siempre un índice acusador de nuestra indiferencia y de nuestra torpeza, más aún cuando acostumbremos a elevar ídolos fáciles sobre nuestros entusiasmos del momento o hijos apresurados de nuestras pasiones que invierten amenudo el valor de las cosas y de los hombres.

En su conjunto, la obra de Florencio Sánchez puede agruparse en dos etapas bien definidas, si bien no totalmente distintas la una de la otra pues tienen un sustancial parentesco. La primera, forma sus obras en las cuales, apesar de existir la orientación ideológica parece predominar la pintura directa de nuestro ambiente rioplatense, ya la ciudad, ya el campo. Y la segunda está formada por sus obras en las cuales aún sin mudar de

ambiente, sobresale la tésis como nervio dinámico de la acción, como germen vital y causal. En la primera etapa, que es la primera también en fecha de producción, la obra de Sánchez es regional no sólo por los personajes que hace intervenir sino también por los temas sociológicos que aborda. Pertenecen a ella entre otras, "M'hijo el doctor", "Gente honesta", "La gringa", "Barranca abajo", "En familia", "Los Muertos" y algunos pequeños cuadros del arrabal porteño como "Moneda falsa" y "La tigra" que son un modelo de sobriedad y exactitud. En esa serie de obras es quizá donde el autor se mueve con mayor libertad y donde es más fresco y espontáneo su talento. Asombra la realidad con que actúan sus fantoches humanos arrancados de la vida misma y presentados con una fidelidad admirable, jamás superada. Es un prodigio de objetivación esa parte considerable y valiosa de su teatro que acusa en él cualidades excepcionales de observador profundo y vidente. Todo un mundo se agita en sus dramas y comedias, — tan alejados de las fantasmagorías románticas, — un mundo con el cual nos codeamos ya en la urbe apretada y ensordecedora, ya en la campiña semisalvaje y tranquila. Nos extrañamos muchas veces de la veracidad de sus tipos, presentados tal cual son, sin un solo detalle falso ni desprovisto de importancia, tan idénticos a como los vemos todos los días que no concebimos como han podido ser llevados a la escena, quimérico país del artificio. Alguien ha pretendido reprochar eso a Sánchez, como un baldón de su obra, cuando es ese,

precisamente, uno de sus más grandes méritos. La realidad es siempre más rica, más abundante, más enérgica que la ficción; hay que saberla ver para extraer de ella lo bueno, abandonando lo demás. Sólo el ciego busca en paraísos imaginarios motivos y personajes que más perfectos y más bellos de lo que puede concebirlos se encuentran al simple alcance de la mano.

La segunda etapa hacia la cual evolucionó Sánchez insensible y ascendentemente, está bien clara en su última obra "Los derechos de la salud" en que aparece en una nueva y victoriosa faz de su dúctil espíritu, abordando con valentía el difícil drama de tesis, moderno en la técnica y universal en la proyección de las ideas sustentadas. Culmina su labor en "Nuestros hijos" y en "Los derechos de la salud" que levantaron tempestades de comentarios, deprimentes unos, elogiosos los más. En ese género dramático que llamaremos de combate, se ponen de manifiesto las irresistibles tendencias de Florencio Sánchez hacia las soluciones progresivas y avanzadas, y se nos presenta como un generoso cruzado de las buenas doctrinas, como célula eficiente y viril, ansioso de desfacer entuertos y de resolver inquietantes y dolorosas incógnitas morales. Ningún arma más gallarda ni más fuerte que su teatro para hacer triunfar los ensueños revolucionarios del que fué agitador de multitudes obreras y periodista defensor de los desamparados de la suerte. Arma formidable que manejó con sapiente maestría y que vino a inmo-

vilizar para siempre el beso helado y oscuro de la muerte.

Tanto en la obra costumbrista como en la tendenciosa, el genio de Florencio Sánchez se desenvolvió con soberana soltura, alcanzando cumbres por nadie holladas ni antes ni después de él en nuestro teatro. "M'hijo el doctor" fué una iniciación luminosa que concluyó con los Moreira, Cuello, Soldado, etc., que hacían la delicia de las muchedumbres amontonadas en las gradas desiguales de los circos suburbanos. Su primera obra fué esa: ennoblecer el drama nacional, depurarlo, elevarlo, hacerlo digno de codearse con cualquiera otra dramaturgia. Tal propósito fué alcanzado desde el primer intento con un ímpetu tan juvenil y vencedor que su éxito en ese sentido al desterrar de la primera lanzada los dramones malevo-policiales, puede compararse al que obtuvo Cervantes con su innortal Quijote sobre las fábulas de caballerías. "M'hijo el doctor", — decía el mismo Sánchez en una conferencia pronunciada en el Ateneo de Montevideo, — reflejando costumbres vividas, produjo una revolución. Su éxito estrepitoso se debe a la verdad y a la sinceridad con que fué escrita la obra. El público lo comprendió así y compensó mi labor con las ovaciones más grandes que haya recibido en mi carrera artística. Inolvidables ovaciones, que marcaron el rumbo definitivo de mis aspiraciones, encarrilaron mis actividades intelectuales malgastadas hasta entonces en tanteos estériles en el periodismo y me proporcionaron pan para alimentarme, estímulo para luchar y hasta, ¿por

qué no confesarlo? hasta una compañera que alegra mi vida y comparte mis insomnios.”

De aquel éxito resonante que según la pintoresca palabra de Florencio, produjo “una revolución”, parte no sólo la fama del gran dramaturgo sino también el teatro moderno rioplatense. Antes de él sólo se habían producido simples balbuceos, obras que no resisten a una crítica severa que exija arte o pida definición de caracteres, exacto color local, preocupaciones sociológicas o tramas sentimentales. Algunos héroes falsos, ya bravucones de puñal, ya gauchos perseguidos por la autoridad implacable, ya almibarados trovadores de guitarra encintada, — que hacen suspirar a las mozas con sus quejumbrosas endechas, — malevos Moreiras o malas copias de Martín Fierro y Santos Vega, — encantaban a públicos poco exigentes que no pedían más porque no suponían que se pudiera arrancar otra cosa del venero regional. Los públicos cultos de las grandes ciudades se conformaban con el teatro extranjero, con las exquisiteces y las complicaciones del alto drama y la comedia fina que importaban buenas compañías también extranjeras. Fué necesaria la noche gloriosa y resonante de “M’hijo el doctor” para que, de golpe, se abriera ante los ojos maravillados de autores, actores y público, el espectáculo deslumbrador de un verdadero país nuevo, casi insospechado hasta entonces. ¡Ah, sí! Estábamos rodeados de tipos interesantes, perfectamente aptos al teatro; había a nuestro alrededor, caracteres, pasiones, problemas colectivos, personajes originales. Falta-

ba sólo la mente observadora y la mano hábil para transportarlos a la escena infundiéndoles vida. El Colón de esa tierra virgen de fecundidad infinita fué Florencio Sánchez y “M’hijo el doctor” el primer islote surgido de entre los misterios de la bruma marina. Después de él, como detrás del glorioso genovés, surgió una verdadera pléyade de autores que han abordado todos los géneros. Cabe afirmar, sin embargo, que en ninguno de ellos ha resplandecido el genio y las dotes de dramaturgo que había en Florencio Sánchez. Su obra copiosa y óptima lo impone no sólo como el primero en el orden cronológico sino también como el primero en orden de méritos. Hasta ahora no ha surgido nada que pueda hacerle sombra. Permanece siendo, además de fundador, único.

Fué inmenso lo que realizó Sánchez con su teatro en pro de nuestra cultura tímida y naciente. Sobre su ensayo feliz y duradero ha de edificarse nuestra escena futura para la cual será un guía firme y motivo inagotable de rica inspiración. Si alguna vez descendió a los bajos fondos sociales, como en “La Tigra”, “Moneda Falsa” y “Los Muertos”, fué siempre en misión científica, como higienista o sociólogo, como el Zola de “El Vientre de París” o el Ibsen de “Los Espectros”. Jamás manchó su obra con fealdades inútiles, con deformidades sin justificación. Gustó sí, como artista y observador, llevar a las tablas a algunos derrotados de la vida, a seres sin perfil y sin voluntad, a degenerados por la acción de la propia culpa o por sugerencias del ambiente. Pero jamás hizo con-

cesiones a lo soez, a lo repugnante, a lo grosero como afirman algunos críticos de la talla de Roxlo. Su obra está prestigiada por un sano realismo que, como es natural, no puede agradar a los que no encuentran belleza en la vida tal cual es e intentan hacer seguir al arte errados laberintos en los que prima la artificiosidad y lo retorcido: arte pálido y' sin sangre como pobre planta de invernadero. Los dramas de Sánchez, humanos y lógicos, sobrios y fuertes, fiel reflejo de la existencia de nuestra gente de campo o prodigiosos en la pintura del tipo de la escoria de las ciudades, vinieron a dar una pauta definitiva, a solidificar la materia dispersa, a infundir vida a todo un mundo no sospechado hasta aquel momento y que escapaba a la penetración de los que se dedicaban a escribir para el teatro. Por eso, no le vendría mal el epitafio que en la tumba de Tespis, uno de los fundadores del teatro griego, escribió Dioscórides: "Aquí descanso yo, Tespis. Antes que todos imaginé el canto trágico, cuando Baco guiaba aún el carro de las Vendimias y cuando aún se ofrecía como premio un lascivo macho cabrío con una cesta de higos áticos. Nuevos poetas han cambiado la forma del verso primitivo, andando el tiempo otros vendrán a embellecerla con ritmos nuevos. Pero el honor de la invención me pertenece".

Noviembre de 1916.
